

Entre la catástrofe y el milagro: una utopía para el tercer milenio

Luis Ferreiro

Director de *Acontecimiento*

Suponemos que quien comience a leer estas líneas cree tener una esperanza de vida individual menor que la esperanza de vida de la especie humana, y que sería más fácil convencerle de que se va morir antes de terminar de leer estas líneas excéntricas, que convencerle de que su generación es la última de la historia. Probablemente tenga razón, pero no tenemos pruebas que lo demuestren. Vayamos por partes.

Los paleontólogos explican la gran abundancia de fósiles en determinados estratos geológicos por la ocurrencia de catástrofes de enorme magnitud, entre ellas destacan:

- La del periodo Ordovícico, hace 438 millones de años (MA),
- al final del Devónico, hace 367 MA,
- al final del Pérmico, hace 250 MA, con la desaparición del 95% de las especies marinas invertebradas,
- al final de la era Secundaria, hace 65 MA, con la desaparición de los dinosaurios que, según algunos científicos, fue provocada por el impacto de un cuerpo celeste sobre el planeta.

Parece, por tanto, que no tendría nada de extraño una nueva extinción, aunque sería mala suerte que nos tocara a nosotros teniendo una papeleta entre cien millones, pero... ¿quién sabe si estamos gafados? En cualquier caso, puede que nos libremos de los contratiempos que ocurren antes de los 4.500 millones de años que han de pasar hasta que el sol se apague.

Sin embargo, más a nuestra escala, en los tiempos históricos (unos 6.500 años) también han ocurrido catástrofes y extinciones, cuya probabilidad es mucho mayor. Las civilizaciones más potentes han terminado por caer: la caída de Roma o de Bizancio, fueron grandes conmociones históricas. El orden feudal, que llegó a parecer un orden natural, fue barrido por los vientos

de la historia. El antiguo régimen de las monarquías de absolutas cayó bajo las revoluciones modernas. Nuestro siglo ha contemplado la caída de los imperios Chino, Austrohúngaro, Ruso y Soviético, por citar algunos. Hemos sido testigos de la caída del muro de Berlín cuando nadie lo esperaba ni se atrevía a pronosticarlo. ¡Cuántas seguridades incuestionables e imperecederas han sucumbido por los movimientos tectónicos de la historia o las debilidades humanas y han trocado en inseguras millones de vidas humanas!

Hoy mismo convivimos con amenazas que, en el momento menos pensado, pueden desencadenar catástrofes históricas de magnitud nunca vista. El final de la Guerra Fría ha relajado el miedo ante la amenaza de una hipotética aniquilación atómica, pero no por menos sentido el peligro es menos real. Y, además, no es el único. Si pensamos en la capacidad de desencadenar una guerra bacteriológica, concluiremos que las bacterias, que fueron los primeros habitantes del planeta, podrían ser también los últimos y tener más futuro que el ser humano.

En suma, el hombre del tercer milenio ejerce el privilegio de poseer una capacidad de inmolation única en la historia. El humanicidio es una posibilidad en el siglo XXI. Nos podemos permitir el lujo de una gran variedad de holocaustos: nuclear, bacteriológico, químico, ecológico, etc.

Pero no hace falta ser un profeta para observar la aparición de grietas que un día no muy lejano, tal vez en nuestros días, pueden traer cambios radicales. A modo de ejemplo, citamos las predicciones que Umberto Eco se atreve a hacer para el siglo XXI, y que no parecen muy arriesgadas:

- Fin de la Europa de los estados nacionales;
- Fin de la Europa blanca, coloreándose la cultura y las religiones (no sería extraño «un cris-

tianismo sunita, un avicenismo anglicano, un sufismo budista»);

- Fin de la experiencia de fraternidad (Eco lo asocia a los cambios demográficos, pero no desdeña una lectura más profunda);
- Fin de la democracia representativa, en beneficio de un liderazgo mediático;
- Fin de la ética, el bien ético no estaría asociado a la virtud y los modelos éticos imperantes ya no serían los héroes sino los personajes normales, con sus comportamientos triviales (Diana de Gales, M. Lewinsky, etc.)

De estos finales, los tres últimos son de enorme significación, puesto que afectan al corazón de lo humano: a la cultura. Si es cierto que «el hombre no ha creado la cultura, sino que la cultura ha creado al hombre» (K. Jaspers, *Origen y meta de la historia*, p. 64), entonces el resultado puede ser el final del hombre, y los adolescentes que matan sin remordimientos tal vez sean sólo un precoz. anticipo.

Está claro que algo se mueve en la historia aunque la gran mayoría crea que los cambios trascendentales sobrevienen traumáticamente. Mounier observaba que «*la conciencia de apocalipsis aflora más fácilmente a la superficie de la historia que la conciencia de decadencia*» (O.C. III, p. 363), y es que los movimientos que sacuden de repente a la humanidad vienen anunciándose con sordo susurro. Con una profunda atención se podrá comprender «*la crisis de civilización*» (O.C. III, p. 230), ya crónica, que afecta a Occidente y, a través de la globalización, por él fomentada, a la humanidad entera.

Hasta aquí sólo hemos considerado a la historia viéndola venir impulsada por fuerzas incontenibles ante las cuales la persona no tiene nada que hacer. Ciertamente, una parte importante del devenir histórico tiene apariencia y realidad sísmica, al menos así se le presenta al individuo aislado. Ese componente de la historia lo padecemos resignados e impotentes, mas la proporción de historia padecida es tanto mayor cuanto menos la hacemos. Gran parte de los acontecimientos históricos son evitables y sus secuelas no tendrían que ser fatalmente padecidas.

Los primeros intentos de comprender la historia como una totalidad y su significación profunda son fruto de la teología cristiana. Más tarde, la ilustración y el marxismo crearon una filosofía prometeica de la historia, para la cual la humanidad emancipada arrebató a Dios el timón del acontecer histórico, forjando la idea moderna de

que los hombres pueden transformar la sociedad, pues la historia tiene leyes y claves que, una vez conocidas, permiten dirigir el cambio social. Sin embargo, a estas alturas esta idea ha entrado en declive y gana terreno la comprensión posmoderna de la historia, para la cual al hombre, sujeto débil y efímero, no le merece la pena el esfuerzo supremo de luchar contra vientos y mareas históricas, no está para contemplar espejismos de futuro, sino para la contemplación narcisista de su graciosa figura. La historia se abandona en brazos de «nadie», es decir de la astucia de los poderosos.

En esta situación, la mirada egocéntrica aplasta la más ínfima propuesta de anticipación histórica y todo conato profético. Pero entonces, las masas hambrientas del Sur y las generaciones venideras ¿han de ser abandonadas a los designios de una globalización sin corazón? Ante estos hechos tan graves ¿hemos de permanecer callados?

Sería indigno permanecer indiferentes ante la cuestión del futuro de la humanidad. Por eso el planteamiento abierto que hace Karl Jaspers nos parece merecedor de un acto de razón y de un acto de fe: «*la historia es la magna cuestión, aún no decidida y que, no por una idea, sino únicamente por la realidad será decidida, de si la historia no es más que un simple momento entre dos estados ahistóricos o si es la irrupción de lo profundo que, en la forma de una ilimitada desdicha, entre peligros y fracasos siempre repetidos, en su conjunto conduce a que el ser se haga patente a través del hombre y él mismo, en interminable ascensión, realice todas sus posibilidades, insospechables de antemano*» (p. 76).

Nuestra opción es la segunda alternativa. Nada nos garantiza que estemos a cubierto de las tempestades históricas y que los cascotes de la demolición de nuestra civilización no entierren nuestras intenciones, pero entre padecer la historia y hacerla, no tenemos duda. Y para esto necesitamos la utopía que ilumina las inteligencias, cataliza la unión de las voluntades, inspira la acción para construir, aun contra la inercia de las masas, y fortalece los corazones para resistir a la persistencia del mal.

Entre el tiempo de la «physis» y el tiempo de la «polis» no hay más frontera que la elección personal entre una actitud de mimesis y pasividad y otra de creatividad y ansia de perfección. La caída en el tiempo natural, ahistórico, no es un accidente que sobreviene desde el exterior, para Mounier la dinámica de la persona es un movimiento ascensional que nace del interior, cuando

no avanza retrocede y, con ella, la civilización misma, de ahí que advierta: «*Nietzsche escribía en 1873: "La gran marejada de la barbarie está a nuestras puertas". Tradicionalmente Europa esperaba que proviniera de Oriente... La gran marejada de la barbarie anida en nuestros corazones, vacíos; en nuestras cabezas, perdidas; en nuestras obras, incoherentes; en nuestros actos, estúpidos a fuerza de estrechez de miras. No nos quejemos mañana de los Bárbaros, si hoy aceptamos nuestra misma renuncia*» (O.C. III, 377-380).

Mientras el mundo no se acabe y la historia no se agote, cada mañana, cuando nos levantamos volvemos a habitar un milagro «de espacio puro y tierra amanecida», aunque la costumbre nos haya cegado para el asombro. La confianza en que el milagro del mundo y de la vida persista nos incita a soñar lo imposible.

Un gran soñador, el abad cisterciense Joaquín de Fiore, realizó una lectura desiderativa de la historia a finales del siglo XII, de la que todavía podemos hacer nuestro su optimismo espiritual, a condición de no ignorar la trágica presencia de un coeficiente de mal que la afecta de raíz: «*El primer estado fue el de la ciencia; el segundo es el de la sabiduría; el tercero será el de la plenitud de la inteligencia. El primero fue el de la servidumbre; el segundo es el de la dependencia filial; el tercero será el de la libertad. El primero transcurrió bajo el látigo; el segundo lo preside el signo de la acción; el tercero será el de la contemplación. El temor caracterizó al primero; la fe al segundo. La caridad definirá el tercero. El primero era el tiempo de los esclavos; el segundo es el de los jóvenes; el tercero será el de los niños. El primero se hallaba bajo la luz de las estrellas, el segundo es el momento de la aurora, el tercero será el del pleno día*».

Por eso, entre la catástrofe y el milagro, proponemos la utopía como un saber que no ocupa lugar, pero el único capaz de hacer a cada persona un lugar en el mundo, y como una fe que, aunque no pueda hacer el cielo en la tierra, puede impedir que el infierno se abra paso en ella. La utopía que proponemos se inspira en el personalismo comunitario, que exige fidelidad a las alianzas que la persona debe establecer con las realidades que pertenecen a su universo relacional.

La **esperanza en el hombre nuevo**, para que todos puedan ser más, amar mejor, y contemplar la inconmensurable riqueza de los tesoros de belleza, verdad y bien que inundan el universo. Las utopías materialistas (capitalismo, comunismo, etc.) se han equivocado porque «han tomado al

hombre interior por viento» y lo han puesto en peligro, pero finalmente han cavado o cavarán su propia tumba.

El hombre del segundo milenio ha crecido mucho en el tener, el saber y el poder, pero ha olvidado estas dimensiones esenciales. El hombre del tercer milenio tiene que crecer como persona y conquistarse a sí mismo antes que al mundo, tiene que anteponer el mundo de los sujetos al de los objetos y aprender a invocar a su prójimo como «tú», y amarlo por encima de todas las cosas.

La **alianza con el universo**, por la que el hombre del tercer milenio simpatizará con la naturaleza y sus criaturas, ejercerá un señorío benevolente para su cuidado y su mayor esplendor. En la medida en que se conquiste a sí mismo, el hombre ya no será el terror del planeta o de los planetas que habite, establecerá la paz con la vida y la respetará bajo todas sus formas, especialmente la vida humana (incipiente, madura o terminal).

La **alianza por la organización fraternal de la sociedad**. La persona es el principio y final de todo orden social posible y deseable, toda sus estructuras deben estar orientadas a la consecución de la plena realización de todas y cada una de las personas que la componen. Cada una de ellas realizará su vocación en armonía comunitaria con los demás.

Caminaremos hacia una sociedad mundial que superará el estatismo, pues la humanidad será una familia. Una familia se construye sobre el amor y la confianza, con el protagonismo de todos sus miembros, y no necesita un estado cuya esencia es la coacción, la supremacía de unos y la inferioridad de otros. La palabra frontera desaparecerá de los diccionarios.

Avanzaremos en una economía de la gratuidad, será el fin de los tiempos del lucro. El don sustituirá al intercambio, y toda la familia humana se beneficiará del fin del imperio del beneficio privado. Los precios no administrarán la escasez, ni gobernarán la vida de las personas, y el dinero dejará de ser la nada que ningunea al que no lo posee, porque los hombres dejarán de creer en él y dejará de existir como todos los dioses falsos.

Creemos como Saint-Exupéry que «El que se asegura un puesto de sacristán o de sillero en una catedral construida, está vencido. Pero quien lleva en su interior una catedral que hay que construir, ese es un vencedor». Nuestro universo utópico tiene ya un lugar en nuestros corazones y ellos son sus mismos cimientos, cuando conquistó el corazón de un pueblo habremos vencido.